



Sacerdotes que prefieren ser laicos

Podemos hablar de crisis en la Iglesia porque no se trata de casos aislados. Hace poco, en Roma, Mons. Garofalo admitió la cifra de cuatro mil, correspondiente a los últimos años. **"La Iglesia —añadió— ha examinado los pedidos con amor, concediendo en algunos casos las dispensas solicitadas por razones de caridad y de justicia"** (L'Osservat. rom., n. 760). Se entiende que las dispensas no incluyen, salvo algún caso especialísimo, autorización para continuar ejerciendo al sacerdocio.

Una crisis tan generalizada ha escandalizado o, al menos, desconcertado a la mayoría de los fieles. Ante un hecho de tales proporciones tendemos espontáneamente a una reacción afectiva: resentimiento, desconcierto, frustración... si no se prefiere adoptar una actitud apocalíptica, tan común en la edad media, pronosticando los castigos con que Dios ha de purificar a su Iglesia. Sólo hombres de espíritu sereno y responsable pueden orientarnos hacia una apreciación equitativa de los hechos. El Cardenal Heenan, Primado de Inglaterra, al comentar el caso del teólogo Davis, concluyó sin ningún anatema condenatorio: **"Su conciencia y sus relaciones personales son asunto suyo. Nosotros podremos demostrarle del mejor modo nuestra amistad pidiendo a Dios que le guíe en todas sus empresas"** (reproducidas en *Hechos y Dichos*, abril 1967).

• **Su conciencia.** La Iglesia no juzga la conciencia de nadie (de internis non iúdicat Ecclesia). Aún en la confesión, el sacerdote debe respetar la conciencia del penitente y no tiene derecho a

dudar de su sinceridad. También afirma la Iglesia que todo hombre está obligado a seguir los dictámenes de su conciencia, aunque estuviere equivocado, mientras no pueda superar su errónea apreciación. De este modo, ante una actitud que nos parezca injustificable, no debemos ceder a la tentación de juzgar por las apariencias, ni aún por las afirmaciones del propio interesado que no siempre distingue fácilmente su conciencia moral de su conciencia psicológica. Los motivos que afloran a la conciencia, en el orden psicológico, no siempre valen por sí mismos sino por la reducción que producen en el estrecho margen de la libertad de que disponemos. La verdadera actitud cristiana consiste en respetar el sagrado misterio de la conciencia humana, que Dios se reservó directamente a Sí mismo. Los hombres sólo podemos intentar reconstruir las situaciones, acumulando experiencia, pero absteniéndonos completamente de juzgar la relación conciencia-situación.

• **"Sus relaciones personales —decía el Card. Heenan— son asunto suyo"**. Esta frase no debemos interpretarla "a la criolla": "Que se las arregle. El sabrá lo que hace. Yo no me meto". Es asunto suyo y también asunto nuestro. Ningún cristiano, ningún hombre, marcha solo, con su destino auestas. Todos somos solidarios del destino de los demás, y ningún conflicto humano puede sernos indiferente, mucho menos un conflicto tan serio y delicado. Por eso añade el Cardenal: **"Podremos demostrarle del mejor modo nuestra amistad pidiendo a Dios que le guíe en todas sus empresas"**.

• **Nuestra amistad**". El Primado de Inglaterra no pretendió reducir sus relaciones con el "ex-sacerdote" a formalidades protocolares acompañadas de una bendición a desgano. Afirmó que, de su parte, continuaba la amistad hacia su antiguo colaborador. Porque para Charles Davis, que había trabajado como teólogo conciliar de la Jerarquía católica inglesa, quedaba una deuda de gratitud. Y esta virtud debe resplandecer en el cristianismo con un énfasis especial, superior al que descubrimos en personas no creyentes. Saber demostrar gratitud, sin resentimientos disimulados, para quienes ofrecieron los mejores años de su vida, su juventud, al servicio de la Iglesia, es una señal de madurez cristiana.

• **"Que Dios le guíe en todas sus empresas"**. No cedió el Cardenal a la mezquina tentación de gozarse ocultamente con sus conflictos y posibles fracasos, para mostrar, en una contraprueba, que había dado un paso en falso y que Dios castiga a los que lo abandonan. . . En realidad, Dios no juega a estar ofendido. Cada conflicto humano aviva en El la pasión que lo consume por ganar la amistad del hombre y acompañarlo hacia la felicidad.

EN EPOCAS DE GRANDES CONCILIOS

Mons. Dwyen, arzobispo de Birmingham, escribió: **"Sé que muchos estáis preocupados y entristecidos por las noticias aparecidas en la prensa de algunos sacerdotes que han abandonado el sacerdocio. Es necesario rezar por ellos. Pero esto que está pasando ha sucedido ya en otros periodos de la historia de la Iglesia, especialmente después de los grandes Concilios, tales como el que acaba de celebrarse. Un Concilio provoca grandes cambios y hay que tener gran atención y una gran paciencia para estar seguro de que los nuevos modos de actuar no resulten en contradicción con los antiguos"** (Hechos y Dichos, loc. cit.).

• **"Es necesario rezar por ellos"**. La oración debe reemplazar a la crítica estéril, muchas veces injusta, corrosiva, morbosa y farisaica. Un sacerdote fariseo daría gracias a Dios porque "no soy como ellos". Agradecemos simplemente a Dios porque bendice nuestro sacerdocio, sin sentirnos mejores que nuestros antiguos compañeros en el ministerio sacerdotal. Respetemos sus actitudes, aunque no le veamos sentido a ese paso en nuestra propia vida. La Providencia de Dios no puede estandarizarse. Para cada ser humano con nombre y apellido Dios elige un camino singular y personal, irreductible a cualquier otro.

• **"Esto ha sucedido ya"**. Quién no presta suficiente atención a la historia de la Iglesia —verdadera fuente teológica (locus theologicus)— pensará que está asistiendo a una crisis de proporciones catastróficas y, si no tiene fe, a la agonia del catolicismo. La crisis que estamos vivien-



do es, en realidad, una crisis de crecimiento de la Iglesia. Un gran Concilio provoca grandes cambios y se da, simultáneamente, en época de grandes cambios. Pensemos en el Concilio de Trento y la Reforma, al superar la Iglesia estructuras medievales, de la Baja Edad Media, por lo menos. Y una de las crisis que está viviendo la Iglesia del Vaticano II gira en torno a la función del sacerdote.

No podemos negar a priori la sinceridad de algunos "ex-sacerdotes" cuando manifestaban insatisfacción por el horizonte dentro del cual podían desempeñar su ministerio. Venimos de una época en la cual el sacerdote debió asumir otras funciones además de las propias y esto en una medida desproporcionada: gestor de cultura, supervisor del poder político, administrador de bienes, etc. Ocupaba el grado supremo en dignidad social, precediendo a la mujer, la cual se ponía de pie para saludarlo. Las antiguas estructuras resultaban anacrónicas, pero no en grado suficiente como para ceder el paso a otras.

Lutero había desarrollado con fecundidad el sentido del sacerdocio de todos los creyentes.

Pero una actitud temerosa y desconfiada ante todo lo que oliera a protestantismo, había relegado esta doctrina a los apéndices o notas de los libros de teología. Gracias a Pío XII, el gran Papa preconciliar, sin cuyo impulso teológico el Concilio no habría avanzado rápidamente, volvió a hablarse del sacerdocio de todos los creyentes. Y esta renovación permitió ver que el sacerdocio jerárquico sufría de gigantismo. Los fieles estaban acostumbrados a esperar todo de sus sacerdotes, y éstos se acomodaban con cierta dificultad a límites más modestos en consonancia con sus funciones propias.

CAMBIO DE ESTRUCTURAS EN EL SACERDOCIO

La crisis a que asistimos no es únicamente de sacerdotes sino también, en un plano más profundo, del sentido del sacerdocio. No ignora la Iglesia, por supuesto, el sentido de su propio sacerdocio jerárquico; éste surge de los documentos conciliares con una vitalidad promisoria. Sin embargo, al intentar encauzar estas fuerzas en estructuras prácticas, no deja de percibirse, en algunos casos, cierto desajuste o desencuen-



tro. La experiencia de los sacerdotes obreros, aprobada primero, prohibida después, y actualmente permitida de nuevo, es una señal de los tanteos con que la Iglesia busca una puesta al día en las estructuras sacerdotales. El replanteamiento del problema del celibato, por otro lado, constituye un nuevo síntoma de la insatisfacción que pueda sentirse frente a los esquemas tradicionales aplicados al sacerdote.

Muchos de los "ex-sacerdotes" sintieron agudamente esta crisis del sentido del sacerdocio y no pudieron soportar una estructura que les resultaba ambigua, anacrónica o inadecuada. Creyeron, algunos por lo menos, que sería más sincero de su parte dejar de pertenecer a una estructura que no les satisfacía, en la cual ya no confiaban. Podemos aceptar sus buenas intenciones. Pero lo que no podemos aceptar es que ese paso constituya una verdadera solución a la crisis de la Iglesia. Las dificultades para el sacerdote de hoy son inmensas. No tanto por las tentaciones del "mundo", las que vienen de afuera, sino por las que le vienen de adentro, de su propia desubicación. Absorbidos por tareas docentes o administrativas, muchos sacerdotes han dejado ya de preguntarse por el sentido de su sacerdocio o de soñar en él como en el seminario. Sin embargo, la comunidad cristiana tiene cierto derecho a esperar que del mismo ámbito sacerdotal surjan las soluciones y no las complicaciones.

El paso del sacerdocio al laicado puede, con todo, constituir una solución en el orden personal "La Iglesia" —nos decía Mons. Garófalo— **ha concedido dispensas por razones de caridad y de justicia**". Si encontramos el caso injustificable, no olvidemos la caridad, que no es una limosna arrojada compasivamente, sino un sincero esfuerzo por comprender una situación demasiado distante de la nuestra y una disposición a respetar el misterio de cada conciencia. ¿Acaso los que estamos confortablemente instalados podríamos arrojar la primera piedra contra sacerdotes que comenzaron trabajando como obreros, se comprometieron en una lucha social y se encontraron de pronto demasiado alejados de sus antiguos compañeros que les toleraban benevolmente su "romanticismo social"?

El impacto emocional que nos producen las decisiones de sacerdotes que prefieren ser laicos, no debe impedirnos descubrir el objetivo que algunos de ellos pretendieron: denunciar estructuras que los asfixiaron. No perdamos tiempo analizando si ellos podrían haber superado esas estructuras. Analicemos serenamente y veamos cómo éstos podrían responder mejor a nuestra época. Quizá así habremos colaborado a que la Iglesia supere una crisis que no consiste sólo en que los sacerdotes abandonen el sacerdocio, sino también en que las actuales estructuras sacerdotales puedan haber dejado insastifechos a tantos.

Ignacio Pérez del Viso S.J.